

---

## JORNADA TERCERA

---

*Sale el CONDE y GAULÍN diciendo dentro*

GAULÍN:           Para, para, tente, espera,  
Pegaso o Belerofonte  
del infierno. Vive Dios,

**Sale**

que temí que de este golpe,  
dábamos en el profundo.  
Lástima es que se malogre  
aquel triunfo, con volvernos  
tan presto a ser motilonos  
de este convento de amor,  
donde servimos a escote  
por la comida.

CONDE:            ¡Ay Gaulín!  
GAULÍN:           No te quejes, no provoques  
el cielo; pues tú lo quieres.

CONDE:            Está mi gusto tan dócil,  
tan sujeto, tan rendido  
a esta mujer, no lo ignores,  
que aunque ella no lo trujera,  
como ves, yo hiciera entonces  
alas de mi pensamiento,  
y viniera a sus prisiones  
satisfecho y obediente.

GAULÍN:           No sé qué hermitaño monje  
pueda amar la reclusión  
como tú; guarda no obre  
mi relación, pues Lisbella  
sabe los tales amores  
y queda hecha un basilisco.  
No sé cómo te dispones  
a olvidarte de tu prima.

CONDE:            Ya, Gaulín, no me la nombres;  
por este imposible muero.

GAULÍN:           Quiera Dios que no le llores  
con ambos ojos después.  
¡Qué necios somos los hombres!  
Con una sola engañifa,  
con una lágrima, un voyme  
que nos hace una mujer,  
--¡oh quién las matara a coces  
a todas!-- nos despeñamos;  
no hay razón que nos reporte,  
cera se hace el que es diamante,  
y el que es de acero, cerote.  
¡Oh cual quedaría Lisbella,  
--Válgame Señor San Cosme--  
viendo nuestra fuga!

CONDE:            ¿Qué hay?

GAULÍN:           ¡Notables resoluciones!  
Ya estás en tu propia esfera.

CONDE: Bien la suerte lo dispone,  
pues llego al anochecer  
al castillo.

GAULÍN: Señor, ¿oyes?  
algo tienen de Noruega  
estos oscuros amores;  
pues de la luz de tus días,  
no gozas más de las noches.

CONDE: ¡Quién saliera de estas dudas!  
Ciega tengo de pasiones  
el alma y lleno el sentido  
de penas.

GAULÍN: Pues ya es de noche;  
¿cómo el ángel de tinieblas  
no sale a hacerte favores?  
que ya sabrá que has venido.  
Mas escucha, pasos se oyen  
en esta cuadra, chitón;  
pongo a los labios seis broches.

**Sale ROSAURA**

ROSAURA: ¿Conde, mi Señor?  
CONDE: ¿Mi dueño?  
ROSAURA: Dame tus brazos.

**Abrázanse**

CONDE: Prisiones  
dulces y dichoso yo.

ROSAURA: Hoy, de mi jardín las flores,  
vi alegres más que otras veces,  
y dije, "Bien se conoce  
mi dicha, pues que mostráis  
tan vivos vuestros colores  
dando al Conde bienvenidas."  
Luego, en los ramos de un roble  
alternaba un ruiseñor  
celos, dulzuras y amores;  
y dije, oyendo su canto,  
"¡Qué bien das en tus canciones  
la bienvenida a mis dichas!"  
Oí el murmullo conforme  
de una fuente que en cristal  
desatadas perlas corre,  
y viéndola tan risueña,  
dije, "Bien se reconoce  
que anuncias en tu alegría  
de mis dichas los favores,  
pues tan ufana te ríes  
y tan linsojera corres."  
No fue engaño del deseo,  
pues quiere el cielo que goce  
la mayor gloria, que es verte.  
¿Cómo te has hallado?

CONDE: Oye:  
como sin el sol el día,  
como sin luces la noche,  
como sin fulgor la aurora,  
triste, tenebrosa y torpe.  
Tú, ¿cómo has estado?

ROSAURA: Escucha:  
 como sin lluvia las flores,  
 como sin flores los prados,  
 como sin verdor los montes,  
 suspensa, afligida y triste.

GAULÍN: ¡Qué gastan de hiperbatones!  
 Infeliz lacayo soy,  
 pues he prevenido el orden  
 de la falsa, no teniendo  
 dama a quien decirle amores.  
 Descuidóse la poeta.  
 Ustedes se lo perdonen.

ROSAURA: Siéntate y dime el suceso  
 de tu victoria.

GAULÍN: ¿Es de bronce  
 mi amo?

***Siéntanse en unas almohadas de estrado***

CONDE: Oye pues.

ROSAURA: Ya escucho.  
 Sorda estés, Dios me perdone.

CONDE: Partimos, como ordenaste,  
 yo y Gaulín en dos veloces  
 hipogrifos, si no fueron  
 dos vivas exhalaciones.  
 A París hallé cercada  
 de enemigos escuadrones,  
 alegres porque la miran  
 sin resistencia que importe;  
 porque mi tío, aunque hacía,  
 ya con ruegos, ya con voces,  
 oficio de general,  
 poniendo su gente en orden,  
 sin valor ni resistencia  
 se hallaban sus años nobles,  
 por tantas causas rendidos  
 del tiempo a las invasiones.  
 Rompí del campo enemigo  
 la fuerza y tomando el nombre  
 del ejército francés,  
 procuro que su desorden  
 se reduzca a mi valor,  
 pudiendo en sus corazones  
 tanto mi valiente afecto,  
 que en tres horas vencedores  
 nos vimos de la arrogancia  
 de los escoceses y bretones.  
 Llegó mi tío y Lisbella,  
 y viéndome, --no te enojés--  
 él contento, ella admirada  
 de verme... atiende... --idurmiose!--  
 Digo, pues; ¿oyes, Señora?...  
 ¡qué ocasión, Gaulín!

GAULÍN: Pues, Conde,  
 no la pierdas, que es locura.

CONDE: Por salir de confusiones  
 vive Dios, que a tener luz,  
 intentara, aunque se enoje,  
 saber... ah, Señora, ¿duermes?

GAULÍN: ¿A qué aguardas? ¿a que ronque?  
 ¿es bodegonera acaso?

en aquellos corredores  
se determina una luz;  
¿voy por ella?  
CONDE: Sí, no; ¿oyes?  
vuela; mas no.

**Levántase**

GAULÍN: Acaba ya;  
¿no es mujer y tú eres hombre?  
¿te ha de matar?  
CONDE: Dices bien;  
ve por ella.  
GAULÍN: Resolvióse;  
salgamos de esta quimera.

**Vase**

CONDE: ¡Gran yerro intento, pasiones!  
a mucho obliga un deseo  
si tras un engaño corre;  
¿es posible que yo, --¡Cielos!--  
falte a mis obligaciones  
por lisonjear mi gusto?

**Sale GAULÍN con una vela encendida**

GAULÍN: Ésta es la luz.  
CONDE: Acabóse;  
en esta curiosidad  
sé que mi muerte se esconde;  
mas ya, estoy en la ocasión;  
de esta vez mi fe se rompe...  
Dame esa bujía.

GAULÍN: Toma.  
CONDE: Venzamos, amor, temores.  
¡Válgame Dios, qué belleza

tan perfeta y tan conforme!  
Excediose todo el cielo,  
extremando los primores  
de naturaleza en ella.  
¿No ves la fiera del bosque,  
Gaulín?

GAULÍN: Admirado estoy;  
¡qué divinas perfecciones!

CONDE: Bella esfinge, aún más incierta  
después de verte, es mi vida;  
a espacio matas dormida,  
aprisa vences despierta.  
Confusa el alma concierta  
sus daños anticipados;  
que si males ignorados  
un sol el pasado advierte,  
ya para anunciar mi muerte  
dos soles miro eclipsados.  
Hermosísimo diseño  
del soberano poder,  
¿de qué te ha servido hacer

en negarte tanto empeño?  
 ¡Oh, bien haya, amén, el sueño,  
 que suspendió tus cuidados!  
 Engaños son excusados;  
 que arguye malicia clara,  
 querer esconder la cara,  
 si matas a ojos cerrados.  
 ROSAURA: Prosigue, Conde, prosigue...

**Medio dormida**

¡Ay Dios! ¿Qué es esto? Engañome  
 tu traición. ¿Qué has hecho, ingrato?

**Levántase**

GAULÍN: Hija en casa y malas noches  
 tenemos.

ROSAURA: Mal caballero,  
 ¿conmigo trato tan doble?  
 Falso, aleve, fementido,  
 de humildes obligaciones;  
 ¿qué atrevimiento esforzó  
 tu maldad a tan disforme  
 agravio, engañoso, fácil?

**Sale ALDORA**

ALDORA: ¿Qué tienes? ¿por qué das voces,  
 Rosaura hermosa? ¿qué es esto?

ROSAURA: Aldora, a ese bárbaro hombre  
 haz despeñar, por ingrato,  
 traidor, engañoso enorme.  
 Muera el Conde; esto ha de ser,  
 aunque a pedazos destroce  
 el corazón que le adora,  
 con puros afectos nobles.  
 Esta es forzosa venganza,  
 aunque la pena me ahogue;  
 porque ya sin duda advierto,  
 pues malogré mis favores,  
 que del vaticinio infausto  
 es dueño el aleve Conde.  
 Muera antes que lo padezca  
 mi imperio; desde esa torre  
 hazle despeñar al valle;  
 pues ofendió con traiciones  
 tanto amor.

ALDORA: ¡Ofensa grave!  
 Es francés, no es bien te asombre;  
 que jamás guardan palabra.

CONDE: Oye.

ROSAURA: No hay satisfacciones  
 a tal traición, a tal yerro.

GAULÍN: Por Dios, que tú la reportes,  
 Señora.

ROSAURA: ¿También tú hablas,  
 criado vil?

GAULÍN: Sabañones;  
 ¡mal haya mi lengua, amén!

CONDE: Ya que el castigo dispones,  
advierte...

ROSAURA: ¿Qué he de advertir?

CONDE: Amor...

ROSAURA: ¿Qué satisfacciones?

CONDE: Acuérdate...

ROSAURA: No hables más.

CONDE: De los dichosos favores...

ROSAURA: ¡Oh atrevido! Presto, Aldora;  
que con sus mismas razones  
está incitando mis iras  
para que venganza tomen.  
Quítale ya de mis ojos;  
acaba o daré mil voces  
a los de mi guarda; ¡hola!

GAULÍN: **Sancti Petri, ora pro nobis.**

ALDORA: Ven, Conde, conmigo presto.

CONDE: Ea, desdichas, de golpe  
me despeñad, porque fui  
del carro del sol, Faetonte.

**Vanse, salen al son de cajas y clarines LISBELLA  
con espada, sombrero de plumas y soldados**

LISBELLA: Ya es fuerza, heroicos soldados,  
ya es tiempo, vasallos míos  
que pruebe Constantinopla  
vuestros esfuerzos altivos;  
y que en su arenosa playa,  
--a quien llaman los antiguos  
Nigroponto--, echen sus anclas  
nuestros valientes navios.  
Esa voluble montaña,  
esa campaña de pinos,  
esa escuadra de gigantes,  
ese biforme prodigio,  
que se rige con las cuerdas  
y gobierna con el lino,  
quede surto en las espumas  
de ese margen cristalino.  
Supuesto que sabéis todos  
o la causa o el designio  
que, alentando a mi esperanza,  
da a mi jornada motivo,  
no ha de saltar nadie en tierra;  
que a ninguno le permito  
que me sirva o acompañe;  
solos Favio y Ludovico  
me asistirán, porque sean  
de mis alientos testigos;  
y verá Constantinopla,  
y verá el mundo que imito  
a Semíramis, armada  
de ardimientos vengativos;  
y verá también Rosaura,  
cómo valerosa aspiro  
a destruir sus imperios  
si no me entrega a mi primo.  
Ea pues, vasallos nobles,  
puesto que, muerto mi tío,  
soy vuestra reina, mostrad  
de vuestro acero los filos;

pues si no me entrega al Conde  
vuestro rey, vuestro caudillo,  
¡vive Dios!, que en la experiencia  
ha de hallar mal prevenidos  
mis enojos y sus daños,  
mis celos y sus delirios,  
mi rigor y sus pesares,  
mis iras y sus delitos.

UNO: Todos te obedecerán.

OTRO: Todos morirán contigo.

LISBELLA: Pues vamos a prevenir  
mi venganza o mi castigo;  
rayo ardiente desatado,  
de cuyos oscuros giros,  
primero el rigor se siente  
que se previene el ruido.

*Vanse y salen GAULÍN y el CONDE medio desnudo*

GAULÍN: Mira, Señor, que es locura  
estimar la vida en poco.

CONDE: Claro está, Gaulín, que es loco  
quien perdió tal hermosura.

GAULÍN: Si ella te quisiera bien,  
no era fineza en rigor;  
que en lo que verás de amor  
más te engañó.

CONDE: Dices bien.

GAULÍN: Alégrate, pese a tal,  
que a tu vida es de importancia;  
mira que te espera en Francia  
tu Lisbella.

CONDE: Dices mal.

GAULÍN: ¡Con qué rabia y qué desdén,  
la tal Rosaura, mandó  
matarte, y cómo mostró  
que era falsa!

CONDE: Dices bien.

GAULÍN: No des tan flaca señal  
de tu amorosa querella;  
apela para Lisbella,  
que es muy bella.

CONDE: Dices mal;  
villano, infame, atrevido,  
tú tienes la culpa, tú.

*Va atrás él*

GAULÍN: ¡Oh fiera de Bercebú,  
nunca tú hubieras nacido!  
¡Ah Señor, Señor por vida  
de Rosaura, no me des!

CONDE: Pierda yo la vida, pues  
hallé la ocasión perdida.  
¡Muerto estoy!

GAULÍN: ¿Que vivo estás?

CONDE: ¡Vivo yo! ¡qué vano intento!  
Yo no toco, yo no siento.  
Llégate, llégate más.

GAULÍN: Aquí estoy bien.



ALDORA: Diciendo que en calidad,  
en valor y en bizarría,  
y en puesto la merecía.

CONDE: Ése soy yo.

ALDORA: Así es verdad;  
el reino se alborotó,  
y Rosaura en tus ardores,  
a los tres sus pretensores,  
a salir les obligó  
a la defensa, fiada  
de mí, sospechosa que  
de su rigor te libré;  
y aún hasta ahora engañada.  
El tiempo se cumple ya  
del cartel, mas no me espanto,  
pues de mi ciencia el encanto  
la jornada abreviará.

CONDE: ¿Ella está ya arrepentida?  
¿qué dice?

ALDORA: Lo que has oído;  
sólo a llevarte, he venido.

CONDE: Di mejor, a darme vida.

ALDORA: Vente conmigo, si quieres.

CONDE: Dichoso mil veces soy.

GAULÍN: Más loco que el Conde estoy;  
demonios son las mujeres.

ALDORA: En tu esfuerzo, la sentencia  
se libra.

CONDE: Su gusto sigo.

ALDORA: Pues vente, Conde, conmigo.

***Pónense con ella los dos***

GAULÍN: Diablo eres, en mi conciencia.

***Van subiendo los dos en la tramoya y ALDORA con ellos***

Fuera de abajo, que sube;  
y aunque tan espacio y quedo,  
puede ser, que con mi miedo,  
vapor granice la nube.

***Escóndese la tramoya y sale un VIEJO y GUILLERMO con la valla y martillo***

VIEJO: A esta hermosa batalla  
hoy amor, ha de dar fin;  
poned, Guillermo Guarín,  
hacia esta parte la valla.

GUILLERMO: Aquí estará bien.

VIEJO: Enfrente  
está del real balcón.

GUILLERMO: En no haciendo colación,  
no trabaja bien la gente.

***Ponen la valla***

VIEJO: Después beberás, Guillermo.

GUILLERMO: Mejor fuera ahora.  
 VIEJO: Acaba.  
 GUILLERMO: Nuestro amo, tengo sed brava.  
 Mas vale cuero que enfermo;  
 ya está puesta deste lado.  
 VIEJO: Dame, pues, acá el martillo.  
 GUILLERMO: Hoy, dos azumbres me pillo,  
 a cuenta de lo ganado.  
 VIEJO: ¿Quién es el mantenedor?  
 GUILLERMO: Sólo dicen los carteles  
 que sustenta a tres crüeles  
 botes de lanza.  
 VIEJO: ¡Qué error!  
 GUILLERMO: Y a cinco golpes de espada;  
 que en valor y en calidad,  
 merece la majestad  
 de la princesa.  
 VIEJO: No es nada.  
 Ea, ¿está fuerte?  
 GUILLERMO: Ya está  
 como ha de estar.  
 VIEJO: Pues venid;  
 el que ganare la lid,  
 buena moza llevará.

*Vanse y corren una cortina y descúbrese  
 ROSAURA sentada en un balcón con sus Damas y debajo unas  
 gradas donde estará sentado como juez EMILIO y tocan  
 chirimías, cajas y clarines*

ROSAURA: ¿Qué llegó, Celia, este  
 día?  
 CELIA: Sí, Señora.  
 ROSAURA: Triste vengo.  
 CELIA: No haces bien, por vida tuya,  
 que alientes, Señora, el pecho.  
 ROSAURA: ¿Cómo es posible, ¡ay de mí!  
 si me falta en este empeño  
 mi prima Aldora? No sé  
 cual sea su pensamiento.

*Tocan cajas y clarines*

EMILIO: Ya viene el mantenedor;  
 mas a caballo, ¿qué es esto?  
 ROSAURA: ¡Qué novedades son estas!  
 mujer es.

*Sale LISBELLA a caballo y hace señas con un  
 lienzo blanco*

EMILIO: Y con extremo  
 hermosa.  
 ROSAURA: Escuchad; que hace  
 seña de paz con el lienzo.  
 LISBELLA: Reina de Constantinopla,  
 a quien hoy lo mas de Tracia  
 en tu imperio reconoce  
 por Señora soberana;

príncipes, duques y condes,  
oid; con vosotros habla  
una mujer sola, que  
viene de razón armada;  
y porque sepáis quien soy,  
yo soy Lisbella de Francia,  
hija soy de su delfín  
y de Flor de Lis, hermana  
de Enrico, su invicto rey;  
heredera soy de Galia,  
reino a quien los Pirineos  
humillan las frentes altas.  
Dueño soy de muchos reinos,  
y soy Lisbella; que basta  
para emprender valerosa  
esta empresa, aunque tan ardua.  
Yo he sabido, Emperatriz,  
que usurpas, tienes y guardas  
al conde Partinuplés,  
mi primo y que con él tratas  
casarte, no por los justos  
medios, sino por las falsas  
ilusiones de un encanto;  
y deslustrando la fama,  
le tiranizas y escondes,  
le rindes, prendes y guardas,  
contra tu real decoro.  
Yo, pues, que me halló obligada  
a redimir de este agravio  
la vejación o la infamia,  
te pido que me le des,  
no por estar ya tratadas  
nuestras bodas; no le quiero  
amante ya, que esta infamia  
no es amor, que es conveniencia,  
pues es forzoso que vaya  
como legítimo rey,  
supuesto que murió en Francia  
mi tío, de cuya muerte,  
quizá fue su ausencia causa,  
y es el Conde su heredero.  
Esto, emperatriz Rosaura,  
vengo a decirte y también  
que dejo una gruesa armada  
en ese puerto que está  
a vista de las murallas  
de tu corte; y si me niegas  
a mi primo, provocada,  
no he de dejar en tus reinos  
ciudad, castillo ni casa  
que no atropelle y destruya;  
porque, ya precipitada,  
sin poderme resistir,  
seré furia, incendio, brasa,  
terror, estrago, ruína  
de tu nombre, de tu fama,  
de tu amor, de tu grandeza,  
de tu gloria y de tu patria.

**Sale ALDORA y pónese al lado de  
ROSAURA**

ALDORA: ¿Esto es verdad o afición?  
 EMILIO: ¡Oh qué francesa arrogancia!  
 ROSAURA: Tú seas muy bien venida.  
 Ya culpaba tu tardanza;  
 ¿has oído el reto, Aldora?  
 ALDORA: Habla como apasionada.  
 ROSAURA: Pues prima, ¿qué te parece?  
 ALDORA: Fuerza es que la satisfagas.  
 ROSAURA: Vuestra alteza, gran Señora,  
 debajo de mi palabra,  
 llegue de paz.

**Apéase LISBELLA y vaya por el palenque de  
 los que tornean**

LISBELLA: Voy de paz.  
 ROSAURA: ¡Ay Aldora, que desgracia!  
 Seas Lisbella, bien venida;  
 oye mis verdades.  
 LISBELLA: Habla.  
 ROSAURA: Vuestra alteza, gran Señora,  
 viene ciega y engañada;  
 mal informada, me culpa;  
 mal advertida, me ultraja,  
 mi casto crédito ofende,  
 mi noble decoro agravia;  
 y porque de lo que digo  
 quede más asegurada,  
 hoy de mis bodas será  
 testigo, si quiere honrarlas,  
 pues es fuerza que me case  
 en Polonia, Transilvania,  
 o Escocia.  
 LISBELLA: ¿De qué manera?  
 ROSAURA: Un torneo es quien señala  
 o decide la elección  
 de su efecto.  
 LISBELLA: (¡Que engañada **Aparte**  
 de Gaulín, viniese a hacer  
 una acción tan temeraria!)  
 Digo que quiero asistir  
 a tus bodas, obligada  
 a disculpa tan cortés,  
 y satisfacción tan clara.

**Tocan y callen luego**

EMILIO: Los instrumentos publican  
 que viene un aventurero.

**Tocan y entra ROBERTO da la letra y lee  
 ALDORA**

ALDORA: "Si el cielo sustento, en vano  
 temeré mudanza alguna  
 del tiempo ni la fortuna."

**Tornean y después entra EDUARDO y hace lo  
 mismo y lee ALDORA  
 mientras echan las celadas**

"No tiene el mundo laurel  
para coronar mis sienes,  
dulce amor, si dicha tienes."

***Tocan y entra FEDERICO y hace lo mismo que los  
demás***

ROSAURA: Ni tengo elección, ni tengo  
sentido con que juzgar,  
porque me falta el aliento.  
EMILIO: Toma la letra, Señora.  
ALDORA: Venga, dice así el concepto:  
"Del mismo sol a los rayos,  
águila o Ícaro nuevo,  
hoy a penetrar me atrevo."

***Tornean y dice EMILIO***

EMILIO: El mantenedor merece  
la Emperatriz y el imperio.

***Alzan las celadas y dicen***

ROBERTO: ¿Cómo, cuando no se sabe  
quién es este caballero,  
y es traición no habernos dado  
cuenta a los aventureros?  
ALDORA: Hable, Señora, tu alteza.  
ROSAURA: La condición del torneo  
fue, que al que venciese en él,  
como fuese igual sugeto,  
el premio gozase.  
FEDERICO: Yo  
lo remitiré al acero.  
EDUARDO: Todos haremos lo mismo.  
ROSAURA: Decid quién sois, caballero;  
hablad ya, pues es preciso.

***Descubre la celada***

CONDE: Soy el Conde.  
ROSAURA: Amor, ¿qué es esto?

***Bajan al tablado las damas***

LISBELLA: Conde, mi primo y Señor,  
mira que te espera un reino.  
CONDE: Gózale, Lisbella, hermana;  
que sin Rosaura, no quiero  
bien ninguno.  
ROSAURA: Yo soy tuya.  
CONDE: Prima, aquí no hay remedio;  
Francia y Roberto son tuyos,  
¿qué respondes?  
LISBELLA: Que obedezco.  
ROBERTO: Soy tu esclavo.

